



FONDAZIONE CENTESIMUS ANNUS
PRO PONTIFICE

FUNDACIÓN CENTESIMUS ANNUS PRO PONTIFICE

DECLARACIÓN 2015

UNA ECONOMÍA DE MERCADO REFORMADA: INICIATIVA EMPRESARIAL PARA EL DESARROLLO HUMANO

Cuando el Papa Francisco exclama “no a una economía de la exclusión y de la inequidad. Esa economía mata”, quienes trabajan como profesionales de la vida económica se pueden sentir directamente advertidos; de buena fe muchos posiblemente quieran poner su vida activa bajo examen para intentar entender qué pasos concretos supone, no sólo decir “no a una economía de la exclusión, no a la nueva idolatría del dinero, no a un dinero que gobierna en lugar de servir, no a la inequidad que genera violencia...” (Evangelii Gaudium, capítulo segundo), sino poner en marcha efectivamente unas reformas que promuevan la inclusión y una solidaridad dinámica. Es lo que han hecho los adherentes y amigos de la Fundación Centesimus Annus en 2014; el presente documento es un breve resumen de sus debates*.

A. UN MARCO GENERAL

En todo el mundo se exige transparencia y esto hace que constantemente salgan a la luz casos de malas prácticas y actuaciones delictivas en la vida económica y financiera. Puede verse como una tendencia positiva, pero también contribuye a abrir aún más la brecha de confianza entre actores económicos y opinión pública, una evolución en la que a menudo se toma la parte por el todo y se hace un juicio global contra la economía de mercado.

*Resumen de reuniones mantenidas entre Septiembre 2013 y Octubre 2014. Los textos completos de presentaciones y conclusiones se pueden consultar en www.centesimusannus.org.

Mientras tanto se están realizando **reformas regulatorias ambiciosas** en las economías occidentales, en parte por la acción de instancias de gobierno supranacionales, especialmente en el sector financiero. Simultáneamente un amplio movimiento hacia un **comportamiento económico responsable y un uso sostenible de los recursos** está transformando muchas áreas de la vida económica. Estas también son tendencias positivas, pero requieren de una más sólida orientación humana y ética: la visión de la enseñanza social católica puede contribuir a hacer de estos marcos algo creativo y positivo para todos.

Allí donde no se respeta la ley y, más aún, allí donde a la economía le falte una esencial referencia ética, casi siempre son las partes más pobres de la población las que pagan el mayor precio. Los más desprotegidos pagan el precio de la corrupción; a menudo pagan el precio del proteccionismo y de las estrategias de defensa egoísta; pagan el precio de la ineficiencia en la administración pública y sufren las consecuencias de la mala gestión y de la criminalidad económica. No existe una definición sencilla de pobreza, hay muchas maneras de ser pobre y los cristianos llevan siglos intentando comprender la pobreza y estar cerca de los pobres. Ahora las prioridades cambian: **reformar la economía de mercado contra algunos de sus males es una tarea urgente, también desde el punto de vista cristiano de la *elección preferencial por los pobres*.**

La experiencia enseña que, con la iniciativa empresarial y la innovación ampliamente difundida como motores principales, el desarrollo económico es la mayor fuerza capaz de reducir la pobreza. El crecimiento económico puede generar ganadores y perdedores, lo que requiere acciones específicas para *ayudar a los pobres a ayudarse a si mismos*. Pero **el desarrollo y el mercado con políticas económicas acertadas son los únicos contextos en los que la pobreza se ha logrado reducir eficazmente en grandes números.**

La economía de consumo y de servicios abundantes crea necesidades y produce nuevas tensiones en los marcos éticos tradicionales. Dedicarse a la vida familiar, asumir la responsabilidad de actuar por el bien común, descubrir el proceso que lleva a buscar una vida verdaderamente buena continúan siendo **requisitos del desarrollo humano, a los que el crecimiento económico no aporta solución por si solo.** A los cristianos corresponde el papel de reexaminar y desarrollar respuestas y propuestas nuevas para traducir los principios permanentes - la primacía de la persona humana, la subsidiaridad, la solidaridad y el bien común - en acciones que sean eficaces en el mundo actual.

El papel de las instituciones públicas (supranacionales, estatales, regionales...) es esencial para que se apliquen políticas económicas acertadas, y la economía de mercado puede prosperar en distintos contextos institucionales. **La condición esencial es que exista libertad para que la iniciativa empresarial se desenvuelva sin obstáculos y se pueda aplicar al desarrollo humano.** Esto vale para la economía y el empleo, pero también para los proyectos sociales y cívicos: ambos sectores necesitan experiencia gerencial, transparencia y buen gobierno.

En los países pobres, como complemento de las políticas económicas aplicadas desde arriba, existe un inmenso potencial para utilizar los sistemas de gestión empresariales en la **construcción de proyectos de desarrollo, partiendo desde la base de las comunidades locales.** La práctica del buen gobierno, las reglas de transparencia, las

tecnologías de comunicación más recientes, unas micro-finanzas bien gestionadas, la integración de las cadenas de proveedores son elementos que pueden transformar la vida de comunidades enteras. Con un enfoque participativo, estas técnicas permitirán a las personas controlar su propio futuro económico como familias y como grupos.

En los países ricos, donde los sistemas de bienestar social en general han resistido la prueba de los recientes años de crisis, la competencia de producciones nuevas y eficientes procedentes de países de menor nivel de ingresos han contribuido al estancamiento de los salarios y a la presión para reducir los costes laborales, lo que su vez trae desempleo, precaridad y pobreza en medio de la abundancia. En este contexto hace falta redescubrir que el trabajo y la satisfacción en el trabajo son necesidades básicas. **Unas políticas de educación equivocadas y unas normativas laborales poco flexibles** generan empleos eventuales de poca duración, aumentan el desfase entre calificación y empleos disponibles y **pueden contribuir también al desempleo persistente**. La exclusiva dependencia de programas públicos centralizados e impersonales puede generar una “trampa del bienestar” y conducir a la exclusión social. Para contrarrestar estos males de forma permanente se requiere renovar los **ideales del trabajo y de la virtud** - en contraste con los extremos del individualismo mercantil y del intervencionismo estatal -, valorando el esfuerzo económico y el coraje cívico y devolviendo responsabilidad y poder a los niveles más apropiados para favorecer una prosperidad humanizada.

B. EL PAPEL DE LA SOLIDARIDAD EN LAS DECISIONES ECONÓMICAS

Toda decisión económica implica un cierto grado de solidaridad, así como cualquier acción humana: la persona humana es una totalidad insertada en una red de relaciones, donde el don y la fraternidad de hecho coexisten con la natural ansia de satisfacción individual. Y quienes toman decisiones económicas son personas humanas reales.

La iniciativa empresarial no se basa nunca solo en el deseo de ganancia personal. Frente a muchos casos de mala gestión, de corrupción, de incapacidad de rendir cuentas – tentaciones permanentes de la vida económica – también es posible construir áreas de la economía de mercado que sirvan directamente el bien común, sobre la base de una cultura moral positiva centrada en la dignidad de la persona y el valor del trabajo.

1. Desarrollar una cultura de empresa al servicio de la sociedad

Poner la empresa al servicio del bien común no depende en primer lugar de unas estructuras legales de propiedad, sino de un **hecho cultural que se hace presente en todas las políticas empresariales**, desde la inversión hasta el diseño de productos, desde el uso de recursos hasta las políticas comerciales, desde la gestión del personal hasta los planes de financiación. Para ello es necesario invertir en una cultura de empresa orientada a la solidaridad y equilibrada por la subsidiariedad, en la que la alta dirección tome las riendas y dé el ejemplo.

2. Promover cuerpos intermedios

Para promover estas ideas, todos los que están en posición de hacerlo deberían participar en cuerpos intermedios que sostengan la solidaridad de forma autónoma y contribuyan en términos prácticos a armonizar conceptos e intereses que suelen estar en conflicto unos con otros. De hecho existe un número creciente de fundaciones y de asociaciones caritativas, algunas de ellas promovidas por empresas; este desarrollo positivo crea a su vez necesidades de transparencia y requiere sistemas independientes de evaluación para evitar abusos e ineficiencias y promover el buen uso de las iniciativas sin fin de lucro.

3. Conectar derechos con obligaciones

Los perdedores del crecimiento económico necesitan una protección especial y oportunidades adicionales, pero es crucial que los derechos y las ayudas se correspondan con obligaciones y deberes. Para ser sostenibles, los sistemas de bienestar deberían vincular trabajo y aprendizaje con el hecho de recibir un subsidio.

4. Ayuda mutua descentralizada

Tanto en países de bajos ingresos como en las economías más desarrolladas, redistribución fiscal y seguros sociales son imprescindibles. Pero existe el peligro de alimentar una actitud pasiva y una excesiva dependencia del sector público. Se puede encontrar una alternativa real en **esquemas de ayuda mutua descentralizada, que combinen derechos universales con disposiciones personalizadas**; estos esquemas requieren un apoyo activo del sector empresarial y se deben apoyar en normas legales y fiscales adecuadas.

5. Construir la co-responsabilidad en la empresa

En la crisis actual la co-responsabilidad se ha materializado a menudo mediante gestos y contratos de solidaridad que permiten a una empresa evitar la quiebra o una reestructuración catastrófica. Sobre esto se puede construir, involucrando a todos los que trabajan dentro y alrededor de la empresa; hace falta transparencia si se quiere compartir los riesgos y establecer remuneraciones proporcionadas, no sólo entre empleadores y empleados, sino también entre inversores y propietarios, accionistas y gestores, acreedores y deudores, productores y consumidores, todo ello en un contexto legal libre y flexible.

6. Promover el aprendizaje y el “coaching” de transición

Siguiendo las buenas prácticas vigentes en algunos países europeos en los que hay poco desempleo, hace falta promover por iniciativa propia – y también mediante ventajas fiscales específicas y reducciones en las contribuciones a la seguridad social - unos programas de aprendizaje y de acompañamiento para jóvenes, en los que se contrata a jóvenes empleados con salario bajo y con el acompañamiento de empleados de mayor edad que puedan ofrecer “coaching” y formación a la siguiente generación.

7. Desarrollar sistemas de solidaridad intergeneracional

El volumen de la deuda pública y privada en las economías ricas, ya sobredimensionado, sigue creciendo peligrosamente más que la inversión. Se traspasa a

las generaciones siguientes una deuda que se ha aplicado, por lo menos en parte, para consumo corriente; sin la compensación de unos equipos de larga vida, la deuda se transforma en esa medida en carga neta. Es imprescindible reintroducir la perspectiva del largo plazo mediante iniciativas que hagan encontrarse a jóvenes y ancianos, para así promover la plena participación de las distintas generaciones en una nueva ética social abierta a la solidaridad.

C. FINANZAS CON LA FINALIDAD DEL BIEN COMÚN

En los últimos años el desarrollo financiero global ha estado de hecho acompañado por una mayor volatilidad económica. Algunos bancos han demostrado una buena capacidad de resistencia mientras que el rescate de otros suponía un elevado coste público. **El sector financiero está atravesando un cambio profundo**, tanto por el efecto de la nueva regulación como por reformas promovidas desde dentro. **Este cambio requiere una perspectiva humana y ética**, lo que puede traducirse de forma práctica: por un lado promoviendo la conocida vía de la ética profesional financiera, y por otro lado trabajando la idea de “**finanzas inclusivas**”, o sea unas finanzas que ayuden a luchar contra la exclusión. Un grupo especial de la Fundación ha formulado sobre este tema las “Propuestas de Dublín sobre Finanzas y Bien Común” cuyas ideas principales se resumen a continuación:

1. **Cambiar la cultura y el comportamiento de los gestores:** hay una persona humana al principio y al final de cada transacción, algo que a veces no va en la misma dirección que los requerimientos de la tecnología y de la regulación.
2. **Ayudar a crear empleos mediante préstamos descentralizados:** las mayores posibilidades de creación de empleo se encuentran en las pequeñas empresas y en una redistribución flexible del empleo entre empresas adaptables y creativas, lo que requiere una política crediticia descentralizada por parte de bancos e intermediarios de crédito desregulados.
3. **Combatir el fraude, la corrupción y los abusos:** aplicar efectivamente la tolerancia cero ante prácticas contrarias a la ética, incluidas las de “arbitraje regulatorio”; hacer que el comportamiento anti-ético resulte prohibitivamente caro.
4. **Promover la estabilidad y la claridad legislativas** para mitigar el coste burocrático y las dificultades de interpretación de la legislación, una de las raíces de la corrupción.
5. **Hacer más efectiva la protección del consumidor** mediante la mayor transparencia y la simplificación. Explorar fórmulas equitativas de desendeudamiento para hogares sobreendeudados que supongan compartir el riesgo entre acreedores y deudores. Promover la educación financiera familiar.
6. **Promover y apoyar la inversión a largo plazo** especialmente a través de instituciones capaces de financiación “paciente”, con la participación de fondos públicos y privados, y con las medidas legales y fiscales necesarias.
7. **Movilizar la tecnología financiera para las finanzas inclusivas** mediante el uso de dispositivos móviles en la digitalización de pagos gubernamentales y de los servicios sanitarios, y en las cadenas de proveedores.

8. **Enriquecer la educación financiera** para evitar transmitir a los futuros directivos financieros un marco “libre de valores”, llevándoles al contrario a cultivar la reflexión ética, la comprensión histórica y la capacidad de ejercer el análisis crítico.
9. **Redefinir el modelo de negocio de las finanzas** con objetivos de rentabilidad moderados y con políticas de incentivos y “bonus” basadas en el largo plazo.

Para iniciar estos procesos y darles suficiente fuerza, es necesario **volver a formular la misión de la institución financiera** en términos de servicio a la economía entera y a la sociedad; sin ello es difícil que los jóvenes se sientan suficientemente motivados para trabajar en finanzas.

D. LA POBREZA Y LA “RESPONSABILIDAD DE PROTEGER”

Sean los que sean los méritos pasados de la economía de mercado en la superación de la pobreza, un enfoque con inspiración cristiana debe ver la situación real: en muchos sitios continúan planteándose los crueles problemas de la pobreza y del subdesarrollo. Mientras una creciente euforia en el mundo occidental llevaba a banalizar la sabiduría de los tradicionales principios de precaución y dejaba que proliferara la desmesura – con la crisis y la depresión como consecuencias –, otros permanecían atrapados en los círculos negativos de la pobreza. **El drama de la respuesta insuficiente ante las catástrofes – naturales o provocadas por el hombre – y la inmigración** son dos situaciones que traen regularmente a la luz las verdades inquietantes de la desigualdad.

Ante los desastres naturales, no sólo es necesario actuar con rapidez, sino también con inteligencia. Los contactos entre grupos de Iglesia de países donantes y de países receptores pueden servir para incrementar la generosidad de los donadores y llevar la ayuda externa hacia necesidades de desarrollo de más largo plazo, de las que la emergencia inmediata puede ser un mero indicador. **Las crisis provocadas por el hombre tienden a desaparecer de las prioridades frente a las catástrofes naturales** (como se vio por ejemplo cuando coincidieron el *tsunami* en el Sureste asiático y el genocidio de Darfur en 2004). Existe reticencia ante la intervención en las crisis provocadas por el hombre, aun cuando éstas son responsables de innumerables víctimas humanas. El drama de los niños soldados en muchos conflictos pone a prueba las políticas internacionales de no-intervención, como lo hace el sufrimiento de los cristianos y otros grupos étnicos del Medio Oriente. La enseñanza de la Iglesia afirma con claridad que la **“responsabilidad de proteger”** – o la obligación de intervenir – ya no es de los países individuales sino que corresponde a la **comunidad internacional**.

En la lucha contra el subdesarrollo se registran hechos positivos que contribuyen de manera significativa a mejorar el efecto de las políticas para el alivio de la pobreza: un mejor análisis cuantitativo, mejores datos científicos sobre la “economía del comportamiento”, una mayor colaboración entre sector público y privado en la financiación y el seguimiento de los proyectos de desarrollo. Pero las estructuras institucionales nunca serán suficientes: la persona humana es integral y el ser humano desafía las mediciones. Como sugieren numerosos ejemplos, **la llave del desarrollo**

requiere la movilización de la gente, desde abajo hacia arriba, con plena dimensión humana, es decir con libertad, capacidad moral, bondad, virtud y vocación.

Las migraciones sirven también para ilustrar la necesidad de una visión más realista de la vocación de cada persona humana. Antes que nada habría que ver no sólo los abusos, la tragedia de los refugiados y la falta de coordinación en las políticas – todos hechos que requieren acción adecuada – sino también los aspectos positivos de la migración, las bondades que conlleva. La migración económica no procede de la pobreza extrema. Supone una inversión, un cálculo económico y, a menudo, una planificación orientada a la familia. La cuestión de los menores no acompañados es especialmente aguda y requiere un tratamiento prioritario basado en la persona humana, como se requiere en todas las cuestiones planteadas por las migraciones.

Promover un fondo mundial de solidaridad

Al analizar las **nuevas dimensiones de la desigualdad** o el papel de las finanzas se plantea a menudo la idea de un impuesto internacional sobre las transacciones financieras o sobre el capital. Estas propuestas requerirían unanimidad internacional, algo poco probable al nivel global, y su efecto podría ser confiscatorio. En vez de un impuesto, la Iglesia Católica podría apoyar y promover la idea de aportaciones voluntarias, fuera de la hacienda pública, destinadas a **dotar unos nuevos fondos nacionales de solidaridad** para causas merecedoras de apoyo al servicio de los pobres. Estos fondos podrían agruparse en una **red supranacional bajo garantías comunes de transparencia y buen gobierno**.